
MI PROPIA OBRA

MARIANO AGUAYO ÁLVAREZ
ACADÉMICO CORRESPONDIENTE

Cuando el Secretario de esta Academia, D. Joaquín Criado Costas, acompañado de D. Angel Aroca, me pidieron la aceptación para proponer mi incorporación a esta ilustre Corporación, recordé enseguida a Groucho Marx cuando decía: "No estoy seguro de querer pertenecer a un club que admite a individuos como yo". Porque, la verdad, no me veía yo con merecimientos para tamaña distinción. E inmediatamente pensé en el qué dirán. En cuántas personas preguntarían cómo la Real Academia de Córdoba había incorporado a su sección de Letras a un escritor, si así puede llamárseme, tan novel como yo. Porque mi primer libro apareció en 1986. Por eso, porque creo que muchos de ustedes desconocerán mi existencia, y desde una postura de humildad, voy a basar esta charla de presentación en mí mismo y en mi obra y sus motivaciones.

Y no es que en esta casa me sienta extraño, que de ella fueron pilares fundamentales dos ilustres antepasados míos, Teodomiro Ramírez de Arellano y Gutiérrez de Salamanca, bisabuelo por vía materna, y su hijo, Rafael Ramírez de Arellano y Díaz de Morales, que tras trabajar durante años por dar brillo a la Academia cordobesa, creó la de Toledo, como se recuerda en aquella noble ciudad en la que aún residen sus hijas, pupilas del Colegio de Doncellas Nobles. Así que algunos genes de académico pueden andar sueltos por los rincones de mi espíritu.

Aparte algún escaqueo poético de los viejos tiempos de adolescente en los que también intenté, con verdadero candor, alguna narración de carácter histórico, nunca volví a escribir hasta hace pocos años. Y mi planteamiento fue sencillo. Narrar con naturalidad las cosas que más amaba. Sin análisis, sin búsquedas, sin elucubraciones. Simplemente. Escribí como jugando un par de relatos. Y los leyó Juan Luis González-Ripoll y me empujó a seguir. No me pareció raro que fuesen de su gusto pues su prosa siempre me entusiasmó y reconozco a Juan Luis como un maestro, de cuya amistad e influencia me siento orgulloso.

Toda mi corta pero muy sincera obra literaria está bañada en la Naturaleza. La caza quizá sea sólo un pretexto para la narración. Muchas veces he meditado

sobre lo que podríamos llamar la metafísica de la sierra que, en ocasiones, me ha hecho dejar la narrativa para ir directamente a una más pura forma de expresión. Cuando, no hace mucho, comenté con Pablo García Baena que andaba enredando con la poesía lo encontró muy natural porque, según él, ya venía haciéndola en muchos pasajes de mis relatos. Ahora ofrezco en esta Academia, que ya es mi Academia, la primicia de un poema que quizá pudiese escandalizar a algún teólogo escrupuloso por sus ribetes de panteísmo.

DIOS DE MI INFANCIA

Te he buscado en el fondo de las aguas
limpias y sin reflejos del venero.
Y en lo hondo sin luz de la alameda,
en el pequeño mundo de la encina
y en las cumbres guardadas solamente
por el vuelo silente de altivos alcotanes.

Dios de mi infancia con temblor de infierno,
que después fuiste amor al intuirte.
Debes estar entre estos castellones,
llenando con tu esencia los barrancos,
hecho viento en collados y raspiles,
presente siempre entre los arrayanes,
las ingratas aulagas y oscuras madroñeras.

No sé dónde ha quedado mi tierna fe de aula,
aquella fe de escuela de Doña Rosarito,
con sus demonios malos y ángeles hermosos,
volando pertinaces sobre mi alma sencilla.

Quiero encontrar lo que de ti me queda,
Señor, fundido en esta sierra bronca,
y rehallar la vereda que el tiempo ha confundido,
y que tiene al final el niño que yo fui.
El niño que quería defender a tu Hijo
apaleando al judas de ropa vieja y paja
que colgaba mi madre el Sábado de Gloria.

Debes estar, Señor, por aquí, en las solanas,
llenando con tu esencia la vida de estos cerros.
O quizá por los centros de mis centros oscuros,
en un rincón oculto al que nunca he llegado,
al final de la última de mis reminiscencias.

Desde mis primeros relatos, reunidos en un libro que incluyó Cajasur en su Colección de Bolsillo en 1986, fue para mí un placer paladear nuestro lenguaje, el empleado en nuestros campos en toda su virginidad. Por aquella época le propuse a Alfonso Castilla hacer una columna semanal sobre caza en el diario *Córdoba*, que él presidía entonces. Y no sólo le gustó la idea sino que me llevó a la responsabilidad de una página semanal.

Tras aquello, vinieron otros artículos de opinión, reportajes, etc., bajo la tutela de Antonio Ramos. Hoy debo a Alfonso el haber aprendido algo de periodismo en la única escuela a la que yo podía tener acceso, es decir, escribiendo en el periódico.

Mi preocupación por el lenguaje me llevó a ir fichando palabras, y hace ya más de doce años comencé una labor que cristalizó en mi *Vocabulario Cordobés del monte y la montería*, libro en cuya solapa puede leerse: “Cuando todas las gentes de nuestras sierras hayan estado durante unas pocas generaciones atentas a las pantallas de televisión, el lenguaje se habrá uniformado. Y puede que todos hayan aprendido desde la cuna a hablar con corrección. Pero quién dirá para entonces espesinal o kujón, arocho, harpir o entesterado? Este trabajo quiere contribuir a que palabras como éstas, que forman parte de nuestro patrimonio cultural, no se pierdan”.

Mi pasión por la montería y mi consiguiente conocimiento de toda su historia, de todas sus gentes, de todas las manchas en las que tienen lugar sus primitivos lances, me llevó a componer *Montear en Córdoba* que, aun siendo un libro de memorias, recoge todos los aspectos de la montería en nuestra provincia. Y fue otra vez Alfonso Castilla quien quiso esta obra para Córdoba, ahora desde su puesto en la Caja Provincial de Ahorros.

Hace sólo unos días ha llegado a las librerías mi último libro, *Con mi gente*, compuesto de narraciones en muchas de las cuales la caza, cada vez más, pasa a un segundo plano para buscar la dimensión humana del cazador.

Simultáneamente, desde el 86, he escrito sobre nuestras costumbres cinegéticas en *Trofeo, Federcaza, Caza y Safaris* y otras revistas madrileñas, llevando siempre muy alto el estandarte de las buenas costumbres monteras cordobesas y oponiéndolas, más o menos veladamente, a la invasión de vulgaridad que venimos padeciendo. He puesto todo mi empeño en defender la caza como lo que es, una vieja cultura elaborada a través de toda la vida del hombre en la Tierra.

Y es que en la caza, como en tantas actividades, se están perdiendo unos valores que teníamos como ciertos, aprendidos en nuestra infancia de unos padres que creían en ellos. Hoy, conceptos como patria, honor o lealtad suenan vacíos a muchos de nuestros jóvenes y toda la ilusión se pone en conseguir la mayor cantidad de dinero posible en el menor espacio de tiempo. Y paralelamente, la nueva ola de monteros, que acceden a la sierra como una nueva ostentación social, ha olvidado que cazar no es matar. Que, como en el amor, en la caza es muy importante el antes y el después. En la sierra, las largas charlas alrededor de la sartén de migas con torreznos, la copita de machaco, todo el rato de espera hasta que sale nuestra armada, dan a la mañana un valor de reencuentro con los amigos unidos por la ilusión de un día de monte. Y las tardes, cuando cada cual narra, con esa facilidad para contar sus lances que tienen los cazadores, cómo se le fue un venado o cómo echó a rodar un cochino. Y en medio está la montería,

empaparse de campo, del aroma del monte, del siempre cambiante color del cielo.

Yo, que durante toda mi vida he buscado en la pintura mi principal forma de expresión, quedé sorprendido por cómo se iban aceptando mis escritos, ejercicios para los que no tenía una especial preparación ni larga experiencia. Y he llegado a la conclusión de que mi lector se reconoce en mis narraciones, a través de mi sencillez, de un lenguaje que es el suyo, de una expresión ausente de retorcimientos intelectuales. Mi lector y yo estamos al final del mismo camino, de nuestro amor por las cosas de siempre. Nos encontramos unidos en las veredas de la sierra, con los amigos de toda la vida, en la contemplación de los lejanos y azules horizontes. Juntos encontramos a ese poeta lleno de amor que todos llevamos, por ahí, guardado con pudor, en algún rincón del fondo.

LA TORMENTA

Nuevo y caliente olor de pasto humedecido
 con las primeras gotas que alunaran
 el piso polvoriento.
 Retumba el trueno y cae por los laderos,
 cerros abajo,
 buscando la campiña de planos horizontes.
 Es bálsamo el perfume de las jaras
 y chillan los vencejos en la tarde.
 Tardea en romper la lluvia que parece
 empapada también por la pereza.
 Por la pereza dulce que oprime contra el suelo
 en esta tarde oscura con las nubes tan bajas
 que casi tocan con su gris mi frente.
 En tanto, los mastines
 ponen su ronca voz autoritaria
 riñéndole a los cielos entoldados
 de sombríos azules cenicientos.
 Y sigue la pereza, hasta los dedos,
 cayendo cuerpo abajo, interminable.

Los cordobeses, todos, gozamos del campo quizá porque la sierra comienza su faldeo dentro aún de la ciudad. Así entiendo que a mí, más que por mis posibles méritos literarios, se me lea con gusto porque cuento bien la sierra de la que todos andamos un poco enamorados. Yo, hasta el fondo de mi corazón, hasta que un día deba, inevitablemente, ausentarme de ella.

LA INEVITABLE AUSENCIA

Un día, sin querer, voy a dejarte,
 noble sierra asperada de encinares,
 y mis ojos, soldados por el frío,
 no llorarán mi inevitable ausencia.

Van a quedar sin mí tus bravos enriaderos,
tus oscuras umbrías, tus pasiles,
y no volveré a hollar tu tierra endurecida
y abierta por los hielos o caliente
de seroja y resol en las solanas.

Me gustaría fundirme con tu suelo.
Que en tus sombras mi cuerpo abandonado
hundiera sus raíces en busca de tus jugos,
como la encina anclado en tus entrañas
para quedarme en ti por siempre, sin retorno.